

# EL IRIS (1879-1882): UN EJEMPLO DE SOCIEDAD RECREATIVA VALENCIANA DEL SIGLO XIX PROMOTORA DEL ARTE

VICENTE M<sup>a</sup> ROIG CONDOMINA  
Universitat de València

AUNQUE su vida fue muy breve, menos de tres años, El Iris es un singular ejemplo de sociedad recreativa burguesa valenciana del siglo XIX que intentó actuar como promotora del arte, pues su cultivo y disfrute figuraba en sus objetivos, junto con el de la literatura y las ciencias: "Será objeto de esta Sociedad el cultivo de las bellas letras, ciencias y artes, y cuantos objetos puedan servir de honesto solaz para los socios y sus familias".<sup>1</sup>

La sociedad se creó en Valencia en agosto de 1879 y se disolvió, a pesar de su prometedor porvenir, en abril de 1882, al parecer por desavenencias entre sus socios. Obedecía al principio de cooperación y se definía como "familiar recreativa-artística-literaria".<sup>2</sup>

Su primer presidente fue Antonio M<sup>a</sup> Ballester. Tenía su casa social en la calle Libreros, en un edificio, propiedad de la familia Nolla, ocupado en otro tiempo por el Colegio Angélico;<sup>3</sup> casa en la que, tras varios meses de reformas, llegó a disponer de un salón de teatro y otro de baile, de un pequeño casino y de un jardín de invierno para tertulia de señoras.

El crecimiento de la sociedad fue muy rápido; tanto que en diciembre de 1880, por el elevado número de socios, hubieron de establecerse turnos para disfrutar de las sesiones. Entre sus socios de honor se contaban algunos personajes públicos de manifiesto prestigio en el mundo de la cultura, como Cristóbal Pascual y Genís, Jacinto Labaila, Félix Pizcueta y Teodoro Llorente.<sup>4</sup> La sociedad llegó a resultar tan sugestiva que incluso se instaló en Alcoy, a su semejanza, una homónima suya.<sup>5</sup>

La primera actividad pública de la sociedad tuvo lugar la noche del miércoles 29 de octubre de 1879, en el teatro Principal: una función benéfica a favor de los pueblos de Murcia que recientemente habían padecido graves inundaciones.<sup>6</sup>

Las veladas literario-musicales que periódicamente celebraba El Iris tuvieron mucho éxito, así como las representaciones teatrales y conciertos. Llegó incluso a organizar un certamen musical —al que se presentaron 69 composiciones— y otro poético. Sus bailes de máscaras, por otra parte, siempre estuvieron concurridos.

Respecto a la promoción de las artes plásticas, aunque no dispuso de ninguna academia, El Iris llegó a acometer la solicitada empresa, en dos ocasiones, de organizar sendas exposiciones artísticas: un primer ensayo en mayo de 1880, y un segundo certamen en julio del mismo año; que sin más continuidad, derivarían en 1881 en una exposición permanente de muestras industriales.<sup>7</sup> En una Valencia en la que todavía no existían galerías de arte, la iniciativa de celebrar una exposición respondía a varios objetivos. Por una parte, la finalidad cultural de difundir los trabajos artísticos a un público cada vez más interesado por disfrutar con este tipo de actividades. Por otra, atender la creciente demanda de los artistas por dar a conocer sus obras, facilitar el contacto con el cliente y propiciar la venta. Las recompensas que los artistas recibían eran más que nada honoríficas, aunque podían significar un medio importante para lograr reconocimiento y alcanzar popularidad. Junto al libramiento de galardones se situaría la crítica, que ejercería un notable papel divulgativo, didáctico y evaluativo, referente y modelador de gustos y sensibilidades.

## La exposición de mayo de 1880

En marzo de 1880 surgió en El Iris la idea de organizar una exposición de bellas artes y objetos de industria asimilados, tales como abanicos, azulejos, dorados, en-

<sup>1</sup> Art. 2º, *Estatutos de la sociedad familiar-recreativa El Iris*, Valencia, 1880.

<sup>2</sup> Id., art. 1º.

<sup>3</sup> Cfr. *Las Provincias*, 9 agosto 1879, p. 2; 13 agosto 1879, p. 2; 21 agosto 1879, p. 2; 9 septiembre 1879, p. 2; 14 septiembre 1879, p. 2, y 24 septiembre 1879, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 20 agosto 1879, p. 2; 21 septiembre 1879, p. 2, y 15 octubre 1879, p. 2.

<sup>4</sup> Cfr. *Las Provincias*, 9 diciembre 1879, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 10 diciembre 1879, p. 2.

<sup>5</sup> Cfr. *Las Provincias*, 2 diciembre 1880, p. 2, y 3 diciembre 1880, p. 2.

<sup>6</sup> Cfr. "Espectáculos", *El Mercantil Valenciano*, 29 octubre 1879, p. 2, y "Folletín. Teatro Principal. Función de beneficencia", 31 octubre 1879, p. 1. Véase también *Las Provincias*, 30 octubre 1879, p. 2.

<sup>7</sup> Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 27 febrero 1881, p. 3; 9 marzo 1881, p. 2.

tallados, etc., en el salón rotonda de la casa social, el cual reunía condiciones de luz especiales para esta clase de objetos.

Muy oportunamente, para formular el programa, la sociedad tuvo la deferencia de convocar a los artistas valencianos a una reunión en la casa social el sábado 27 de aquel mes.<sup>8</sup> Asistieron a dicha reunión más de treinta artistas, a quienes el presidente de la sociedad explicó el deseo de celebrar una exposición y de poder contar con ellos para llevarla a cabo. El pensamiento fue acogido por unanimidad, procediéndose acto continuo a nombrar una comisión que quedó formada por Joaquín Agrasot, Juan Peyró, Germán Gómez, Luis Gargallo, Luis Gilabert, Antonio Yerro y Gaspar Polo,<sup>9</sup> quienes recibieron el encargo de formular el programa y las bases del certamen. Visto el entusiasmo con que los artistas habían acogido el pensamiento, se esperaba que la exposición fuese un acontecimiento artístico que llamase la atención del público.<sup>10</sup>

Se acordó admitir en la exposición todas aquellas obras cuya importancia reconociese un jurado, y que perteneciesen a una de las tres secciones o clases siguientes: *primera*, sección de pintura, incluyendo cualquier técnica, dibujos, vidrieras, litografías, grabados; *segunda*, de escultura, en cualquier técnica y grabados en hueco, y *tercera*, de arquitectura, en la que tendrían cabida los proyectos, reproducciones y modelos de toda clase. Además, se establecía un *cuarto* grupo en el que quedaban incluidos todos los trabajos que, según el criterio del jurado, mereciesen figurar por sus condiciones artísticas.<sup>11</sup> La sociedad premiaría a los expositores con medallas doradas de plata y de bronce, para cuya acuñación se encargó el troquel a Faustino Nicolás.

Para que la instalación de los trabajos no desmereciese en nada, cuya recepción se realizó del 10 al 15 de mayo, se formó una comisión compuesta por Joaquín Agrasot, Germán Gómez, Antonio Yerro, Gaspar Polo, José Nicolau y Gaspar Herrero.

La sesión inaugural del certamen tuvo lugar la noche del 20 de mayo y fue todo un acontecimiento social. Después de unas palabras de Antonio M<sup>a</sup> Ballester congratulándose por este primer ensayo, y del secretario Joaquín Márquez, que leyó una memoria sobre la exposición, ésta, amenizada por una orquesta, se declaró abierta en la planta baja del edificio que ocupaba la sociedad. El local era un cuidado salón, cubierto por una claraboya, de forma casi circular y en cuyo centro había una fuente.

La exposición estuvo abierta al público desde el día siguiente a su inauguración hasta el 30 de mayo. Su horario era de 10 de la mañana a 5 de la tarde. La entrada era libre para los socios y los expositores, debiendo satisfacer el público general 15 céntimos. Los gastos eran sufragados totalmente por la sociedad, destinándose los

beneficios a la Asociación Domiciliaria de Nuestra Señora de los Desamparados. A pesar de todo, no debió ser mucho el público no vinculado a la sociedad que la visitó, pues el producto de la entrada fue escaso, 48 pesetas y 85 céntimos.<sup>12</sup>

Al informar sobre el acontecimiento, el diario *Las Provincias* encarecía que se hubiesen presentado más de cien obras de diferentes géneros;<sup>13</sup> si bien la mayor parte de éstas debían ser productos artesanales, pues únicamente concurren 25 pintores, que llevaron alrededor de cuarenta cuadros, la mayor parte de ellos de reducido tamaño y entre los que dominaban los de género, de flores, marinas y paisajes. También comparecieron 8 ó 9 escultores, con varios de los cuales compartían obra algunos encarnadores y tallistas.

Con un moderado detenimiento, sobre la exposición se ocupó en primer lugar el diario *Las Provincias*, en una crónica anónima.<sup>14</sup> En ésta, al margen de considerarse que no era grande la importancia de las obras presentadas, se enumeraba a los artistas que habían participado, comentándose brevemente las obras que podían ser más interesantes, entre las que el diario reconocía la presencia de algunas de bastante mérito.

En la crónica se resaltaba que aun cuando la mayoría de los cuadros eran de pequeño formato, una excepción habría sido un retrato de señora, de cuerpo entero, de Joaquín Agrasot, quien también tenía un *Clown*, trabajo ya conocido por el público valenciano. De Germán Gómez citaba el comentarista del diario un cuadro titulado *Esperanza y recuerdos*, en el que aparecían dos jóvenes leyendo una carta, y del que explicaba que las figuras eran "preciosas e interesantes", así como que los trajes y muebles (del siglo XVI) estaban reproducidos con gran verosimilitud. Del mismo autor era también un *Torero*. Juan Peyró expuso un cuadro que representaba una dama de principios del siglo mirándose en un espejo, en el que igualmente admiraba el cronista la minuciosidad y acierto en la copia de telas, muebles y tapices. También de Peyró era otro cuadro, del que omitía otros comentarios por haber estado ya expuesto en la calle de Zaragoza.

José Nicolau Huguet exhibió un cuadro que reproducía una de las primeras escenas del *Gil Blas*, "concienzadamente concluido", en palabras del cronista, y otros que consideraba de menor importancia y que ya eran conocidos. De los varios cuadros que expuso Vicente Nicolau Cotanda, el de más pretensiones, de acuerdo con el comentarista, representaba a una *Mujer oriental* con ropas y accesorios detenidamente estudiados. José Bru Albiñana llevó un pequeño cuadro en el que había reproducido la puerta de la iglesia de San Andrés, frente a la que aparecían algunas figuras del siglo pasado. De José Genovés había un bodegón que hacía poco había estado de manifiesto en la calle de Zaragoza.<sup>15</sup> Javier Juste, de cuyos cuadros hacía el co-

<sup>8</sup> Véase *Las Provincias*, 25 marzo 1880, p. 2, y 27 marzo 1880, p. 2. Cfr. también *El Mercantil Valenciano*, 27 marzo 1880, p. 3.

<sup>9</sup> *Las Provincias*, 1 abril 1880, p. 2.

<sup>10</sup> Cfr. *Las Provincias*, 30 marzo 1880, p. 1, y *El Mercantil Valenciano*, 31 marzo 1880, p. 2.

<sup>11</sup> Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 11 abril 1880, p. 2, y *Las Provincias*, 11 mayo 1880, p. 2.

<sup>12</sup> Cfr. *Las Provincias*, 18 mayo 1880, pp. 1 y 2; 19 mayo 1880, p. 2; 21 mayo 1880, p. 2; 22 mayo 1880, p. 2; *El Mercantil Valenciano*, 20 mayo 1880, p. 2; 22 mayo 1880, p. 3; 23 mayo 1880, p. 2, y 19 junio 1880, p. 3.

<sup>13</sup> *Las Provincias*, 18 mayo 1880, pp. 1 y 2.

<sup>14</sup> "Exposición artística del Iris", *Las Provincias*, 22 mayo 1880.

<sup>15</sup> Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 15 mayo 1880, p. 2.

mentarista especial mención y a quien felicitaba por sus adelantos, presentó, formando pareja, una marina y un paisaje, obras que elogiaba: “la primera es notable por la propiedad del cielo plumizo de la tempestad, y las aguas opacas y siniestras; y el segundo por la limpieza y hermosura del colorido, que produce la impresión de frescura y alegría del campo”. Otro pintor de marinas al que igualmente felicitaba era Salvador Abril, que expuso dos cuadros de dicho género.<sup>16</sup> Un tanto reprobador, sin embargo, se mostró el comentarista con el cuadro de Fernando Richart, que representaba a unos *Volatineros* o *Máscaras*, sobre el que opinaba que era “algo extraño como todos los suyos” y consideraba extravagantes los trajes de los personajes, así como raras sus actitudes, aun cuando apreciaba, por estar bien tomado del natural, el escenario donde se desarrollaba la escena, el ángulo de un claustro.

Varios eran los cuadros con temas de flores que se expusieron en el certamen, uno de los géneros más apropiados para su venta en El Iris. De Antonio Aparici Solanich, muy apreciado entonces por este tipo de pintura, mencionaba el cronista de *Las Provincias* un lienzo con claveles, lilas y margaritas. De Julio Cebrián Mezquita, otro titulado *Término de las bellezas*, que reproducía unas flores marchitándose. De Pedro Ferrer Calatayud, unas rosas en una copa de cristal. De Mariano García, unas flores al temple, que calificaba de notables, por lo que animaba al artista. Y de Ramón Sarrió, otras pintadas a la aguada; citando del mismo autor un paisaje que reproducía un castillo que se destacaba sobre un fondo de caída de la tarde, y un diminuto cuadro en el que había copiado un detalle de la Alameda.

El cronista hacía una especial mención de Amalia Perales,<sup>17</sup> no por galantería, según explicaba, “sino en estricta justicia”, y opinaba que sus acuarelas tenían una “valentía” que no parecía propia “de una mano femenina”.

El resto de los pintores de cuyos trabajos informaba el cronista de *Las Provincias* eran José Gómez, “otro principiante” que le parecía “digno de alabanza y estímulo”, y que en su opinión prometía mucho; Joaquín Sorolla, que presentó “un moro, acechando la ocasión de su venganza”, probablemente la primera obra suya que se exhibió en Valencia; Rafael Carbonell, el retrato del presidente de El Iris, “muy parecido”; Antonio Bergón, un retrato de un joven; Teófilo García de la Rosa, otro retrato, y José Benavent, que reprodujo “con gracia un tipo chocante: un escultor de monigotes”.

En otro género, el cronista del diario mencionaba un “delicioso” abanico de Vicente Bordes y unas pruebas

de pinturas sobre azulejo de Francisco Dasi. Las obras de ambos artistas habrían sido, no cabe duda, dos buenos ejemplos de aplicación de la pintura a la artesanía o la industria. Las telas de abanico pintadas por el primero gozaron, incluso fuera de Valencia, de gran popularidad en el último decenio del siglo, y no menor era la reputación de los azulejos de la fábrica de Gastaldo que el segundo pintaba.

Con respecto a la sección de escultura, en la que tampoco eran nuevas todas las obras, nombraba el comentarista de *Las Provincias*, como conocidas: una *Santa Teresa* de Luis Gilabert,<sup>18</sup> una *Gitanilla* de Carmelo Farinós<sup>19</sup> y varios bustos y medallones del primero fundidos en La Primitiva Valenciana por Vicente Ríos.<sup>20</sup> Pero señalaba como nuevas: dos bustos de Luis Gilabert y Francisco Fuster; una figura de un fraile, colorido, y quizás también ejecutado, por Gaspar Herro; un *Viejo* y una *Joven*, de Antonio Yerro; un estudio de naturaleza muerta, de José Aixa; una imagen de la *Inmaculada*, de Francisco Pérez Figuerola, que en realidad era de *Nuestra Señora de Guadalupe*,<sup>21</sup> encarnada por José Grollo; un *San Vicente Ferrer*, encerrado en una urna, escultura de Ricardo Soria tallada por Julián Argente, y otra imagen del mismo santo, de Mariano Bondía.

La presencia del grabado fue escasa. En plancha únicamente un trabajo de Ricardo Franch, una de sus últimas obras: el retrato, dibujado por Juan Peyró, de la que había sido *Reina de las fiestas* en los Juegos Florales del Rat-Penat; obra de la que opinaba el comentarista del diario que estaba grabada “con la elegancia y gusto” que caracterizaban a Franch. Junto a éste estaban también los troqueles de dos medallas: uno de Jesús Ponce Gilabert, y el otro de Faustino Nicolás, que era el que iba a servir a El Iris para realizar las recompensas.

Por invitación de la sociedad, fueron los expositores quienes designaron el jurado que debía calificar sus obras, siendo elegidos Joaquín Agrasot, Vicente Borrás y Germán Gómez para la parte de pintura, y Luis Gilabert, Ricardo Soria y Faustino Nicolás para la de escultura y grabado. Las obras de los miembros del jurado no podían premiarse.

Se concedieron medallas de plata a los pintores José Nicolau, Javier Juste, José Genovés, Juan Peyró, Vicente Nicolau y Julio Cebrián, y de bronce a Amalia Perales, Mariano García, José Brú, Salvador Abril, Vicente Bordes, Antonio Bergón, Antonio Aparici, José Benavent y Francisco Pérez Olmos. En escultura se adjudicó una medalla de plata a Antonio Yerro, y otras de bronce a Carmelo Farinós y José Aixa. En grabado,

<sup>16</sup> *Las Provincias* (15 mayo 1880, p. 2) ya había informado sobre las dos marinas poco después de que las concluyese su autor. Representaba una el interior del puerto de Valencia y la otra una borrasca; considerando el diario “notable por la diafanidad de las aguas y los cielos” a la primera, y de “agradable contraste” a la segunda.

<sup>17</sup> Amalia Perales, premiada aquel año en el Instituto Provincial en las clases de Geometría y Trigonometría y en Dibujo de figura, fue la primera mujer que obtuvo el grado de bachiller en el Instituto de Valencia; dedicándose a la enseñanza desde 1883 (cfr. *El Mercantil Valenciano*, 14 julio 1880, p. 2, y 10 octubre 1883, p. 3).

<sup>18</sup> Dicha imagen, realizada en barro y que representaba a la Santa sentada en un sillón, en actitud de escribir, estuvo ya expuesta en agosto del año anterior en el Bazar Valenciano (cfr. *Las Provincias*, 30 agosto 1879, p. 2).

<sup>19</sup> Debía ser la misma figura, realizada en barro, que estuvo expuesta en el Bazar Valenciano en noviembre del año anterior y que representaba a una *Gitana echando las cartas* (cfr. *Las Provincias*, 11 noviembre 1879, p. 2).

<sup>20</sup> Fueron varios los medallones y bustos que realizó Luis Gilabert por aquellos años y que se fundieron en La Primitiva Valenciana. Así, por ejemplo, el busto de Peris y Valero, destinado al mausoleo del difunto, en 1877; el de la futura reina de España, en 1879; o la lápida mortuoria de Valero Cases, modelada también en el mismo año (cfr. *Las Provincias*, 21 julio 1877, p. 2; 10 agosto 1879, p. 2, y 31 octubre 1879, p. 2).

<sup>21</sup> En una gaceta posterior hacia *Las Provincias* (26 mayo 1880, p. 2) dicha rectificación.

una medalla de plata a Ricardo Franch, y otra de bronce a Jesús Ponce. En cerámica, una medalla de plata a Francisco Dasí. Y en pintura de imágenes, medallas de bronce a José Grollo y Gaspar Herrero.<sup>22</sup>

Ya adjudicados los premios, tal vez por haber evitado influir en la decisión del jurado, *El Mercantil Valenciano* publicó sobre la exposición una extensa crítica que venía firmada con el seudónimo de Feliciano.<sup>23</sup> En ésta se calificaba al certamen de “ensayo” de exposición, y explicaba el crítico, que en ocasiones era muy incisivo, que nada tenía que reprochar en el *continente* —que apreciaba elegante, de inmejorables condiciones y que honraba no solamente a la sociedad, sino a la persona o personas que habían dirigido y realizado los trabajos de instalación—, por lo que se iba a ocupar únicamente del *contenido*; es decir, de las obras artísticas que se habían presentado, de las que opinaba que además de no haber sido muchas, la calidad de algunas sólo lo era relativamente y que en ninguna había podido apreciar un mérito absoluto. Trayendo a colación al jurado, cuyos miembros habían tenido que renunciar a ser premiados, declaraba que por encima de su juicio estaba el de la opinión pública, para la cual no importaban “ni parientes, ni discípulos, ni amigos, ni paniaguados”; por lo que se inclinaba a “juzgar dichas obras con criterio imparcial”, adoptando como método el orden alfabético de sus autores.

Siguiendo dicho orden comenzaba el crítico de *El Mercantil Valenciano* ocupándose, pues, de Joaquín Agrasot, de quien afirmaba que su fama pública le concedía cierta supremacía entre los demás artistas residentes en Valencia, por lo que si se mostraba severo con él, explicaba, se debía al hecho de pertenecer a la escuela de los que creían “que nobleza obliga”, y que cuando se había llegado “a cierta altura, descender un solo paso” era “hundirse”. Sobre su retrato de señora, de cuerpo entero y tamaño natural, hacía los siguientes comentarios, no exentos de pequeñas reprobaciones:

... lienzo que reúne condiciones muy apreciables aun cuando por casualidad se ha podido vencer hasta cierto punto en él la entonación y la verdadera armonía en el conjunto. El contraste, sin embargo, tanto del tono de luz como del color, sino es duro porque en realidad no lo es, tampoco tiene la debida suavidad, aquella morena cabeza sobre fondo amarillo claro, no acabó de satisfácernos. Fue un atrevimiento del genio aquella verdadera lucha de contrastes, pero el arte no gana gran cosa con estas audacias, a veces pretenciosas, de los artistas. Por lo demás el rostro de la retratada tiene una expresión muy tierna; lástima que las manos padezcan de alguna deformidad.

Del *Clown* del mismo autor apreciaba el carácter y la precisión en el dibujo, excepto en algunos perros, así como “la verdad y belleza” del colorido como las cualidades más sobresalientes.

Proseguía con el cuadro de flores de Antonio Aparici, del que opinaba que dejaba “bastante que desear” comparado con otros lienzos ya conocidos del artista: “cierta pesadez en los tonos y una ejecución algo pobre”.

En cuanto a las marinas de Salvador Abril omitía todo comentario por haberse ocupado de ellas en otra ocasión.

Sobre el retrato de Antonio Bergón, que estaba pintado al pastel, opinaba que era “de una regular ejecución y no mal color”, dado el procedimiento por el que estaba ejecutado. Del mismo autor señalaba como digna de atención una pintura cerámica, si se tenía presente que era uno de los primeros trabajos de dicho género ejecutados por el artista.

Con el título de *El estudio de un artista* citaba el cuadro de José Benavent, que en su opinión tenía “gracejo el asunto” en cuanto al modo de presentarlo, aunque consideraba que la ejecución no estaba “a la altura del pensamiento”.

De los dos cuadros de José Bru entendía que adolecían “de dureza de ejecución y monotonía de color”; e indicaba al artista que procurase “suavizar y enriquecer su color”.

Del cuadro de flores de Julio Cebrián, titulado *Término de las bellezas*, opinaba, sin embargo, que era “un lindo florero” del que podía decir sin temor que era lo mejor que del género figuraba en la exposición:

... en elegante búcaro están sustentadas una bellas flores que poseen toda la frescura del natural; al pie de aquél hay esparcidas varias flores marchitas; lo tierno del color y la valentía y finura de la ejecución, sobresalen de un modo especial en este lienzo.

También elogiaba el crítico, al tiempo que lamentaba que no hubiese sido premiado, el retrato del presidente de El Iris, Antonio Ballester, pintado por Rafael Carbonell:

Sabida la competencia del artista en esta clase de trabajos, es inútil que digamos que el retrato, tanto por el parecido como por la ejecución, es digno de encomio. No ha merecido, sin embargo, ni una triste medalla de cobre, y esto se comprende fácilmente si se atiende a que pudiera creerse que el retratado había podido influir en favor del retratista. De todos modos la obra del señor Carbonell merece nuestros plácemes y de cuantos sin apasionamiento han visitado la exposición; una medalla más o menos ni da ni quita competencia.

Sobre la pintura cerámica de Francisco Dasí opinaba que era digna de admiración como todas las suyas; siendo la que le ocupaba conocida del público por haber estado expuesta no hacía mucho tiempo en la calle de Zaragoza.

Omitiendo todo comentario, el crítico se limitaba a citar una *Mascarada* de Pedro Ferrer, cuadro que también era conocido, y un pequeño florero del mismo autor.

Para el cuadro de Germán Gómez Niederleytner, titulado *Esperanzas y recuerdos*, tenía grandes elogios:

... dos jóvenes del siglo XVI están leyendo en interesante actitud un papel, el fondo tiene trozos bastante

<sup>22</sup> *Las Provincias*, 27 mayo 1880, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 27 mayo 1880, p. 2.

<sup>23</sup> Feliciano, “Exposición artística de «El Iris»”, *El Mercantil Valenciano*, 29 mayo 1880, p. 1.

bien hechos y especialmente un gótico mueble que en él campea.

Las figuras son de rostro bellissimo, y al contemplarlas hemos recordado involuntariamente algunas fotografías húngaras y la bellissima acuarela de M. Alfredo Sansom, titulada «Las Conspiradoras».

Del cuadro de naturaleza muerta que había presentado José Genovés, en la que aparecían frutas y algunos utensilios de cocina, pensaba que era quizás demasiado grande, así como que presentaba una composición “muy desbarajustada y de poco gusto”, pero reconocía que tenía “detalles de primer orden, apreciables tanto por lo propio del color como lo seguro de la ejecución”.

De la pequeña marina de José Gómez Barberá opinaba que tenía “condiciones no vulgares”, augurando que su autor llegaría “a hacer bastante si con asiduidad” se dedicaba al estudio.

Consideraba acreedores de especial mención los estudios de flores pintados al temple por Mariano García, “ejecutados con facilidad suma”, pero que en su parecer, adolecían principalmente “de falta de contraste de claro oscuro”, de ahí que resultasen “aplastados y confusos” algunos de ellos.

De la florista valenciana y de un estudio de un tipo del siglo XVII, de Teófilo García de la Rosa, no hacía ningún comentario.

Consideraba que la marina y el paisaje de Javier Juste eran, indudablemente, lo mejor de la exposición, y que en estas obras se veía al artista a quien no se podía juzgar, sino admirar.

Del cuadro de Nicolau Huguet, cuyo asunto estaba tomado del *Gil Blas*, opinaba que el conjunto estaba “entonado y los detalles concienzudamente concluidos”, pero encontraba como defecto la desproporción de la mitad inferior de la pierna derecha de Gil Blas y el “microscópico” pie de la ventera; por lo demás, entendía que era un cuadro “bastante concluido”.

De los varios cuadros de Vicente Nicolau Cotanda, distinguía dos. Uno de ellos que figuraba un tipo de mujer árabe, en el que encontraba que tenía “trozos de una perfecta plástica” y que el rostro era “precioso por lo expresivo”. El otro traía a dos músicos callejeros, “muy bien ideados y pintados”, según su opinión.

De las “tres bellas manchas al acuarela” representando flores, de Amalia Perales, opinaba que estaban “ejecutadas con sencillez” y tenían “un color aceptable”; complaciéndose en ver a la “linda joven, tan entusiasta en sus principios artísticos” y esperando que en lo sucesivo mostrase sus adelantos.

De los dos cuadros de Peyró informaba que uno de ellos representaba “una elegante del Imperio contemplándose en un espejo”, del que opinaba que la figura estaba “bien dibujada” y tenía “gracia en el movimiento”, así como “detalles muy acabados y tocados con gusto”. Sobre el otro cuadro del mismo autor, que re-

presentaba una visita, no decía nada por haberse ocupado ya de él al exponerse en la calle de Zaragoza.<sup>24</sup>

*Guzmán el Bueno* después de su heroica hazaña de Tarifa y en el momento en que apartado de las gentes podía “dar rienda a su dolor”, era “el trágico asunto”, tal como explicaba el crítico, del cuadro que llevó Francisco Pérez Olmos; trabajo ya conocido por haberse expuesto en julio de 1878 en el Ateneo y haber sido premiado con una flor de oro en los Juegos Florales de Murcia.

Unas palabras muy duras tenía el crítico hacia el cuadro de Fernando Richart, que descalificaba por no poder resistir a una crítica severa, sino tan siquiera juiciosa:

... los defectos de que adolece el cuadro no son para espresados [sic], y extraño es que en ellos haya incurrido quien tiene medios en su inteligencia y en su instrucción artística para evitarlos. Créanos el Sr. Richart: pinte lo que sienta y no se inspire en más modelos que los que su imaginación conciba. Los creadores de una escuela suelen ser buenos; los imitadores por regla general son fatales.

De Ramón Sarrió, además de varios cuadritos al óleo, el crítico destacaba una acuarela, “de buena impresión”, por la “acertada combinación de los contrastes de luz y de color”.

Concluía el crítico con el cuadro que expuso el joven Joaquín Sorolla, el cual representaba a un árabe puñal en mano que acechaba junto a una puerta de hierro, del que opinaba que estaba “muy bien concebido y casi bien espresado”, así como que revelaba “el germen de un artista” que todavía necesitaba el estudio para su desarrollo.

Aun cuando al final de su artículo, el crítico manifestaba que en otra ocasión se ocuparía de la escultura, no parece que llegase a abordar el tema.

## La exposición de julio de 1880

Avanzado ya el mes de mayo de 1880, la Comisión de Feria del Ayuntamiento decidió no celebrar aquel año la exposición artística e industrial que con tan buen éxito había tenido lugar el año anterior en la Lonja. Se alegaba como motivo el no considerar conveniente repetir exposiciones de tal índole todos los años para no cansar a productores, y porque de un año a otro había pocas novedades; se aducía además que parte del vacío iba a ser llenado por la exposición de motores y máquinas elevadoras de agua que había de celebrar la Sociedad Económica en el Skating-Garden.<sup>25</sup>

Por ello, ante la falta de un certamen artístico durante los días de la Feria, y dado que el celebrado en el mes de mayo había resultado relativamente feliz, la sociedad El Iris determinó verificar una nueva exposición

<sup>24</sup> El cuadro, de muy pequeño tamaño y que representaba a una dama del siglo XVII recibiendo la visita de un caballero, se había expuesto hacía poco en la tienda de Faustino Nicolás, en la calle de Zaragoza. *El Mercantil Valenciano* (15 mayo 1880, p. 2), ocupándose de él, había elogiado que estuviese “concluido con primor”; comentando que “las figuritas” eran “lindas y naturales, especialmente la del galán”, y expresando su agrado por “el fondo y el velador, con tapiz y jarrón de flores” que se destacaban sobre él.

<sup>25</sup> Cfr. *Las Provincias*, 27 mayo 1880, p. 2. Véase también “La Exposición de motores y máquinas elevadoras de agua”, *El Mercantil Valenciano*, 27 junio 1880, p. 2.

de bellas artes e industrias asimiladas que se extendiese a cuanto fuese digno de figurar en ella.<sup>26</sup>

El programa por el que debía regirse el certamen quedó ultimado el 22 de junio. Formaban parte de la comisión organizadora: Antonio M<sup>a</sup> Ballester, presidente de la sociedad; Antonio Cortina, Antonio García, Francisco Dasí, Ricardo Soria, Luis Gilabert, Gaspar Herrero, Faustino Nicolás, Juan Peyró, Germán Gómez y Tomás Colubí, secretario de la sociedad.

A la exposición podían concurrir todos los artistas valencianos y los que sin serlo residieran en la capital. Se dividiría en cinco amplias secciones, en las que se incluía alguna nueva modalidad artística. La primera sección englobaría los trabajos de pintura, litografía, grabado en dulce, aguafuerte y dibujos; la segunda, escultura y grabados en hueco; la tercera, proyectos y modelos de edificios; la cuarta, fotografía, cerámica y pintura de escultura, y por último, la quinta, comprendería todas aquellas obras que no aparecieran expresadas en los anteriores cuatro grupos pero que, a juicio del jurado, reuniesen algún mérito artístico. La recepción de las obras se verificaría del 14 al 18 de julio. Y los premios consistirían en un determinado número de medallas de plata dorada, de plata y de cobre para cada una de las secciones, además de los accésits o diplomas de honor que estimase conveniente conceder el jurado, el cual debía ser nombrado por los expositores.<sup>27</sup>

Al igual que la anterior, quedó instalada en los bajos del edificio que ocupaba la sociedad, en la que figuraron 148 objetos, distribuidos en las cinco secciones mencionadas.<sup>28</sup> Estuvo abierta al público desde el 22 de julio hasta principios de agosto; de 9 de la mañana a 1 de la tarde, y de 3 a 6 de la misma. Los socios disponían de una entrada personal para visitarla y de dos billetes para señora; el resto del público debía adquirir su correspondiente billete de entrada, a 1 real, cuyo producto se destinaba a los huérfanos del hundimiento de la fábrica La Maquinista Valenciana.<sup>29</sup>

Algo que en su momento produjo extrañeza y cuyos motivos no quedaron claros, fue que varios artistas, a un mismo tiempo y mientras se celebraba exposición de El Iris, retrayéndose de ella, mostraron sus trabajos en los escaparates de las principales tiendas de la ciudad. La prensa, sorprendida, se hizo eco de la inesperada muestra, no llegando a comprender que dichos artistas hubiesen elegido una modalidad de exhibición con la que sólo podían aspirar a la admiración del público, al que animaba a adquirir los trabajos.<sup>30</sup> Curiosamente, aunque el régimen de recompensas ya había sido establecido en el programa de la exposición de El Iris, al final se hicieron algunas modificaciones, adjudicando el jurado calificador un mayor número de premios, sin duda para no herir susceptibilidades. Por otra parte,

también se produjeron algunas desavenencias, lo que provocó que algún expositor retirase sus trabajos.

Los premios, en fin, que se concedieron a las distintas secciones en que se agruparon las obras fueron los siguientes:<sup>31</sup>

*Pintura.* Medallas de plata dorada: Antonio Cortina, por un cuadro de *San Francisco*, y Julio Cebrián, por un *Retrato de una niña*. Medallas de plata: Vicente Nicolau Cotanda, por un cuadro de costumbres titulado *La aguja de marear*; Joaquín Sorolla, por una marina; José Genovés, por un *Bodegón con liebres y perdices*; Francisco Reguera, por un paisaje, y Rafael Vertel y Arnau, por una marina. Medallas de cobre: José Benavent, por un cuadro representando a unos *Titiriteros*; Francisco Pérez Olmos, por un cuadro titulado *Un rato de vida es vida*; Luis Soria, por una cabeza; Salvador Abril, por una marina que representaba la *Playa del Cabañal*; Mariano Barbasán, por un paisaje; Jacinto Capuz, por un cuadro de flores; Alonso Calderón Roca, por un retrato, y Mariano García Más, por otro. Menciones honoríficas: Jaime Gozalves, por un frutero; Enrique Valls, por unos floreros; Benito Grau, por una cabeza; Joaquín Gozalves, por una marina, y Vicente Bordes León, por otra cabeza.

En la técnica de acuarela, que se distinguía como género, obtuvieron mención honorífica: Amalia Perales, por una marina; José Gamón Requeni, por un florero, y Genaro Palau por unas flores. En telas de abanico fueron premiados: Vicente Bordes León, con medalla de plata; Vicente Vivó, con medalla de cobre, y Bartolomé Tarín, con mención honorífica. También obtuvo una mención honorífica Joaquina Ibáñez por unas telas bordadas.

*Escultura.* Medalla dorada: Ricardo Soria, por una imagen de *San José* en madera. Medalla de plata: Antonio Yerro, por dos bustos de niño en barro. Medallas de cobre: Francisco Santigosa, por un *Fraile mercedario*, y José Aixa, por dos aves en barro. Menciones honoríficas: Manuel Chambó, por un busto en barro, y Francisco Fuster, por un retrato en yeso.

*Grabado en hueco.* Medalla de plata: Faustino Nicolás. Medalla de cobre: Carlos Larrosa.

*Pintura de escultura.* Medallas de plata: Gaspar Herrero, por unos bustos de niño, y Benito Leonard, por un San José. Medalla de cobre: José Argües, por una Virgen de la Salud.

*Bajorrelieves.* Menciones honoríficas: Luis Martí y José Felipe Roig, ambos por unos retratos.

*Dibujo.* Medallas de cobre: José Cortés, por un retrato de *Olózaga*, y Vicente Benlloch, por una figura. Menciones honoríficas: Antonio Abad, Enrique Cebrián, Francisco García, Mariano García Más y Pedro Vives, todos ellos por varias figuras y estudios de ropa-

<sup>26</sup> Cfr. *Las Provincias*, 29 junio 1880, p. 2.

<sup>27</sup> Cfr. "Segunda Exposición Artística que celebrará la sociedad El Iris durante los días de la feria de Julio de 1880. Programa", *El Mercantil Valenciano*, 2 julio 1880, p. 3. Véase también *Las Provincias*, 1 julio 1880, p. 2. Los premios que según el programa habían de concederse, eran: 1 medalla dorada, 3 de plata y 6 de cobre, para la primera sección; 1 medalla dorada, 2 de plata y 3 de cobre, para la segunda; 1 medalla dorada, 1 de plata y 1 de cobre, para la tercera; 1 medalla dorada, 2 de plata y 3 de cobre, para la cuarta, y las que determinase el jurado para la quinta, además de los accésits o diplomas de honor que el jurado estimase oportuno.

<sup>28</sup> *El Mercantil Valenciano*, 24 julio 1880, p. 2.

<sup>29</sup> Cfr. *El Mercantil Valenciano*, 18 julio 1880, p. 2, y *Las Provincias*, 18 julio 1880, p. 2; 20 julio 1880, p. 2, y 21 julio 1880, p. 2.

<sup>30</sup> Cfr. "Movimiento artístico", *El Mercantil Valenciano*, 11 agosto 1880, pp. 2 y 3. Entre los artistas que exhibieron sus obras en los escaparates habrían figurado José Brel, Juan Peyró, Sebastián Catalá, Fernando Richart y Mamel Lluch.

<sup>31</sup> Cfr. *Las Provincias*, 28 julio 1880, p. 2, y *El Mercantil Valenciano*, 29 julio 1880, p. 3.

jes. En dibujo lineal obtuvieron medalla de cobre: Salvador Llop, por unas casas de recreo, y mención honorífica: Manuel Pallardó, por un obelisco.

*Fotografía.* Medalla de plata dorada: Antonio García, por una colección de retratos. Mención honorífica: Rafael Carbonell, por un retrato de fotografía pintado.

También alcanzó mención honorífica una oleografía de José Aranz que representaba una escena del *Quijote*; así como una medalla de cobre Manuel Bausach, por una colección de trabajos hechos al torno.

Además, fue premiado con medalla de plata dorada el modelo en yeso del altar mayor que había de construirse en la nueva iglesia del hospicio de Nuestra Señora de la Misericordia, presentado por el arquitecto Joaquín María Calvo, y por la ejecución del mismo obtuvo medalla de plata Isidro Porta.

Una vez concedidos los premios, igual que en el primer certamen, *El Mercantil Valenciano* publicó un artículo crítico sobre la exposición.<sup>32</sup> Su autor sería probablemente la misma persona que firmó el anterior con el nombre de Feliciano, que también sería quien se ocupase por aquellos años de las gacetas artísticas del diario. En esta ocasión hacía una valoración general mucho más favorable: la sala mejor acondicionada y mayor en número y en mérito las obras que se presentaron.

Explicaba su pretensión de hacer “un detallado examen crítico”, aunque temía incurrir en el desagrado de algunos artistas, a los que tenía por las personas más susceptibles de cuantas conocía: “un tanto delicada de epidermis, un mucho aficionada al *dolce far niente*, poco avezada al estudio y un mucho llena de exageradas pretensiones más o menos justificadas”. La empresa no debía resultarle muy agradable, pues confesaba que hubiera criticado con menos temor una obra de Víctor Hugo, de Canova o Miguel Ángel, de Murillo o Velázquez, que cualquiera de esos “apreciables jóvenes” que sólo habían “tenido tiempo de aprender de la escuela valenciana los claustros del ex convento en donde está la Academia y el Museo”, a quienes dedicaba unas palabras muy duras:

... se atreven hasta con los mismos profesores, y se revelan [sic] contra la crítica, creyéndose cada uno de ellos un nuevo Apeles, cuando flaca la mano suya apenas puede sostener un pincel, y débil la inteligencia, le cuesta trabajo de concebir un pensamiento, imaginar los detalles de ejecución y hasta darle el conveniente colorido.

Pero como contra esta especie de revelión [sic], nosotros nos revelamos [sic] también, diremos la verdad según nuestro leal saber y entender, y lo que fuere sonará.

Y al final del artículo, poniendo en su lugar el papel que le correspondía a la crítica, que lo que procuraba era ser justo, “con perdón”, de los que pudiesen sentirse agraviados, porque si ésta había de ser “un eterno *Hosanna*”, trocaría “la pluma por el incensario”.

Destacaba el crítico, en primer lugar el cuadro de Antonio Cortina, una de las obras que habría sido reconocida con el máximo galardón, y que figuraba a *San*

*Francisco de Asís*, cubierto, en su opinión, “con el velo de ese misterioso idealismo” que había sido objeto de inspiración de multitud de artistas. Tal como describía la obra, el santo aparecía arrodillado, con los brazos extendidos y con la mirada fija en el cielo, y “en uno de esos momentos en que arrobado por el éxtasis” exhalaba “tiernas y sentidas plegarias a Dios”. No obstante, le hacía algunos reproches:

Esta obra que recuerda por sus castizos tonos, por su sobria luz y severa entonación las más bellas producciones de nuestros clásicos pintores, que posee el sentimiento del color y las galas de una magistral ejecución, adolece de lo que generalmente falta a las creaciones contemporáneas de esta índole, esto es, que más bien son hijas del estudio que del sentimiento; en este inmenso obstáculo ha tropezado el Sr. Cortina: la expresión del semblante y carácter de su San Francisco, no respiran ese misticismo, fin estético de los asuntos religiosos. La cabeza del Santo, quizá sea un poco desproporcionada, y las manos algo deformes, por lo demás nada resta que añadir más que admirar sus bellezas de factura y color.

De Julio Cebrián, el otro pintor premiado con medalla de plata dorada, además de tres floreros ya conocidos, destacaba el crítico el retrato de una niña, que en su opinión, acreditaba una vez más el renombre que el artista había conquistado en este género de trabajos. Del cuadro elogiaba la naturalidad y sencillez, opuesta a la afectación y amaneramiento que advertía tan comunes en esta clase de obras; la proporción y corrección en el dibujo, y el bello colorido. Del mismo autor distinguía igualmente otro retrato, el de *Teodoro Llorente*, que estaba destinado a la sociedad Lo Rat-Penat, y del que opinaba que era uno de los mejores que de este género había producido el artista; encareciendo la “espontaneidad” con que parecía pintado, y que no sabía qué aplaudir más, si lo correcto del dibujo o lo “fresco” del color.

De indisputable mérito artístico era para el crítico un paisaje de Gonzalo Salvá, que pensamos que el motivo de no resultar premiado se debería a que el gran prestigio de su autor le habría llevado a tomar parte en las tareas de calificación. Destacaba en el paisaje, como sus cualidades más sobresalientes, la armonía en el conjunto, la riqueza en el colorido y la facilidad en la ejecución. Además, que el natural estaba estudiado “con cierto encantador realismo” —“si alguna vez el realismo puede ser encantador”, exculpaba—, embellecido al propio tiempo “por los justos preceptos del arte”. Y que la perspectiva aérea estaba “bien entendida”, a excepción del grupo central que formaban dos árboles, a los que en su concepto, le faltaba algo de luz.

Sobre el lienzo de Vicente Nicolau Cotanda, titulado *La aguja de marear*, agraciado con una medalla de plata, opinaba el crítico que le faltaba algo de estudio y expresión a las figuras. Apreciaba que tuviese en su conjunto “aceptables” condiciones de dibujo, color y ejecución, pero advertía, no obstante, al artista que estas cualidades no constituían por sí solas “el fin del arte”, sino que eran únicamente tres “poderosos ausi-

<sup>32</sup> “Exposición artística”, *El Mercantil Valenciano*, 4 agosto 1880, p. 1.

liares” que debía emplear para dar forma a sus concepciones. Por otra parte, criticaba el asunto por lo manido, la expresión de los personajes y alguna cuestión técnica:

... un viejo, de principios de siglo (ya nos van cargando estos asuntos) aparece sentado en primer término y rodeado de dos jóvenes labriegas para quienes enhebra una aguja; la expresión de éstas debiera ser más zumbona y picaresca, dado lo epigramático del asunto, y la del viejo no tan seria y displicente, de todo lo cual resulta que la acción es fría y no se adivina. La perspectiva está un poco descuidada ...

Excepto a Rafael Vertel, al que sólo nombraba, el resto de los artistas que recibieron medallas de plata merecieron, en general, unos comentarios bastante positivos por parte del crítico. De la pequeña marina de Joaquín Sorolla, todavía principiante, indicaba que estaba pintada “con gusto y sentida de color”, mencionando también un florero del mismo artista. De la naturaleza muerta de José Genovés, que era entonces apreciado como pintor de bodegones, entendía que era un cuadro lleno de un “justo y real” color, y que ostentaba “mil primores de detalle”, aunque advertía en su conjunto alguna falta de disposición y gusto en la composición. Sobre el paisaje que tenía Francisco Reguera opinaba que era agradable por los contrastes de color y buena entonación, y que únicamente los últimos términos eran “algo pesados y la ejecución aun poco fatigosa”.

Las consideraciones que el crítico tenía hacia algunas de las pinturas que generosa y abundantemente habían sido premiadas con medallas de cobre eran diversas. El asunto del cuadro de José Benavent, que representaba un *Barracón de títeres*, le hacía exclamar: “¡Siempre lo mismo!”; si bien apreciaba que “los tipos” fuesen “bastante exactos” y que tuviese “trozos bien dibujados y coloridos”, como un personaje que tocaba el tambor y el tapiz que le servía de fondo. Recordando haberse ocupado con elogio del artista, calificaba a Francisco Pérez Olmos de “verdadera esperanza del arte pictórico” por su cuadro titulado *Un rato de vida es vida*, que figuraba a unos toreros bebiendo, aunque el trabajo, sin embargo, ya era conocido por haberse expuesto en el certamen celebrado en el Ateneo en julio de 1878. Consideraba que la cabeza de vieja, tomada del natural, que había presentado Luis Soria y Roca era “buena” y “muy digna de mención por la bondad de color y por su manera de hacer”. Respecto a las dos marinas que presentó Salvador Abril entendía que probaban las felices disposiciones que poseía para dicho género de pintura, elogiando que su ejecución fuese “sencilla y segura” y la composición “dispuesta con arte”. Sobre un *florero* de Jacinto Capuz, opinaba que presentaba un “agradable conjunto y buena manera de hacer”, aunque “algo falso de color”, por lo que aconsejaba al pintor —pues era del sentir de que este jo-

ven artista tenía aptitud para la pintura— que no imitase a nadie, que copiase únicamente el natural como lo sintiese, persuadiéndole de “que el natural” era “el mejor maestro”. Sobre los cuadros de Mariano García, *Un alcalde de pueblo* y *Un retrato de labradora*, entendía que eran “de buenas condiciones”.

Aunque sus autores no fueron premiados, seguramente por diferentes motivos, el crítico mencionaba otras obras que también pudieron verse en la exposición. Entre ellas “dos bellas manchas de color” de Pinazo que representaban a respectivos soldados, las cuales consideraba que estaban “ejecutadas con toque espontáneo y con un color armónico y valiente”. En una pintura de flores de Fernando Galle y Pizcueta advertía “una aptitud no vulgar para el arte pictórico”, y que estaba pintada “con gracia y valentía”, por lo que la recomendaba, “no tan sólo por su factura, sino por lo justo y tierno del color”. Igualmente mencionaba a Rafael Carbonell por haber presentado un retrato de niño vestido de Mefistófeles, a su juicio, “perfectamente colorido como todos sus trabajos de este género”.

Los trabajos de José Nicolau Huguet, “un fondo campestre” y un cuadro ya conocido que representaba a unos labradores, se limitaba a citarlos. E informaba igualmente que habían expuesto cuadros al óleo: Barbasán, Dasí, Valls, Gómez, Vertel, Calderón Roca, López Barrachina, Gozalves, Blay, Alcayne y otros que no recordaba.

Señalaba el crítico que de pintura a la aguada figuraba poco: dos “bonitas” marinas de Amalia Perales; un florero de José Gamón; un estudio de Montañana; un paje de Ferrándiz; dos “elegantes floreros” de Rafael Ariño, y algunas otras “de poca importancia”.

Con respecto a la sección dibujo, comentaba que había algunos muy dignos de ser mencionados, como el de Vicente Benlloch —profesor de dicha materia en el Ateneo-Casino Obrero—, tomado “de una bella estatua del antiguo”, el cual consideraba notable por la corrección del dibujo y por lo “fino y pastoso del modelado”.

Elogiaba también un retrato de Salustiano Olózaga, copiado por José Cortés de otro de Federico Madrazo; una copia de *La Magdalena* de Espinosa, por Enrique Cebrián; dos retratos de Jacinto Capuz; una estatua “del yeso”, de Francisco García, y dos estudios de ropajes de Abad, seguramente Antonio Pascual y Abad.

Por último, con respecto a la sección de escultura, advertía que no era muy numerosa, pero que tenía obras que merecían algún detenimiento. Entre éstas mencionaba un *San José* de Ricardo Soria, en el que, en su opinión, unía “a la belleza de la forma, un carácter y expresión muy verdaderos”; del mismo autor citaba dos imágenes y un retrato en bajorrelieve. También nombraba a Antonio Yerro, que expuso dos bustos de niño, de los que afirmaba que demostraban en su autor un conocimiento muy exacto del natural. A Francisco Santigosa, que tenía una estatua titulada *Redimir al cautivo*. Y a Manuel Chambó, que expuso una estatua de Luis Vives y un retrato en busto.